

reflexiones anteriores vienen ejemplificadas por dos casos concretos: el de Heidelberg y su tradición del neokantismo, y el de Wierzenica, vinculada con el nombre del filósofo polaco Augustyn Cieszkowski.

El libro de Szulakiewicz muestra la audacia filosófica de buscar las respuestas a las cuestiones que inquietan al espíritu humano en tiempos que se requiere pensar de manera global. El argumento gira en torno al proyecto de ensanchar también la filosofía y volver a las preguntas fundamentales, y fijar las condiciones del diálogo que permitan el fructuoso encuentro entre filosofías primeras de cada cultura. El lector recibe un amplio horizonte de la cuestión y un interesante diagnóstico del *background* filosófico de la cultura contemporánea, así como una valoración de cada una de las posibles vías de solución.

Piotr Roszak. Universidad “Nicolás Copérnico” Torun
piotrroszak@umk.pl

THOREAU, HENRY DAVID

Escritos sobre la vida civilizada, edición de Antonio Lastra, traducción de Antonio Fernández Díez y José María Jiménez Caballero, Editorial digital In Itinere, Oviedo, 2012, 254 pp.

Emerson dijo: “No estoy solo mientras leo y escribo”. Sócrates dijo en su *Apología* —genuino gesto de desobediencia— que el primero de sus acusadores fue uno que escribía comedias, refiriéndose a Aristófanes. Platón, teniendo esto en cuenta —lo escribió él mismo—, inició una forma de hacer que marca el precedente que aceptan y adoptan tanto Emerson como Thoreau. Entender el gesto de la escritura constitucional —o performativa— y la herramienta de la escritura reticente es clave para la comprensión de la obra de Thoreau. Es muy significativo que *Escritos sobre la vida civilizada* lo publique el Seminario Martínez Marina de Historia Constitucional de la Universidad de Oviedo.

Unir escritura constitucional y escritura reticente permite construir la civilización sin negar la naturaleza. Naturaleza y civilización confluyen en una unidad cuando lo que se hace es

“vivir deliberadamente”. Enseñar a vivir deliberadamente sería el propósito de la educación, o de la escritura y la lectura de libros nobles. Thoreau escribe con esa intención.

Escritos sobre la vida civilizada reúne los textos de Thoreau que, desde la publicación póstuma de *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers* (Boston, 1866), se conocen como escritos políticos o reformistas. La obra de Thoreau se suele dividir entre estos y los escritos sobre la naturaleza. Ambas categorías están en *Walden*, la obra cumbre que le permitió “ganarse la vida” (que en Thoreau no es lo mismo que “mantenerse vivo”): ganarse el derecho a ser de nuevo un residente en la vida civilizada.

Editar es otra forma de escribir y *Escritos sobre la vida civilizada* está editado deliberadamente. El orden de los once escritos reunidos en esta edición corresponde al orden cronológico en que quiso Thoreau que se publicaran, no siempre con éxito. Esto no se debe a una cuestión convencional. Puede considerarse una buena forma —si no la mejor— de editar los escritos de alguien para quien su vida, escribir y Escribir estuvieron tan íntimamente ligados: *publicar* sería algo que tomaría muy en serio alguien que entendiera que dependía de ello para “ganarse la vida”. Thoreau diría que la prosa enseña cómo un hombre vive cada día. La Escritura de Thoreau en *Walden* es el intento por representar esa “parte de nosotros que no está representada”. Los frutos del experimento *Walden-Walden* pueden verse en la evolución del estilo a lo largo de los once textos, y el estilo es, para Thoreau, el estilo del pensamiento.

El primer ensayo se titula *El servicio* y alaba el poder juvenil del genio. El segundo, *El paraíso (para ser) recuperado*, critica el utopismo naturalista. En el tercer escrito elogia la labor abolicionista de Nathaniel P. Rogers en la dirección de *Heraldo de libertad*. En cuarto lugar encontramos una carta que envió Thoreau a *The Liberator*, donde se refiere a la integridad moral de Wendell Phillips. En el texto sobre Carlyle señala Thoreau el poder de la escritura para constituir un mundo y la posibilidad de establecer una comunicación central entre autor y lector cuando la escritura y la lectura son sinceras, o filosóficas. Pese a su calidad creativa y su dominio léxico, Carlyle no escribió de esa manera. Era un hombre de religión; sus escritos instaban a la acción y no

al pensamiento, nos dice Thoreau. El sexto, el séptimo y el octavo están dedicados a John Brown, hombre de fe que luchó y murió por la causa abolicionista. Era, según Thoreau, un hombre capaz de enfrentarse a su país cuando su país se equivocaba. Cumplía el propósito de una vida, se negaba a ceder a caprichos. Thoreau nos dice que, pese a que decidiera ser el más vil de los asesinos, sentía una profunda admiración por él. Fue un hombre de principios, que ni siquiera erigió una imagen política entre él y su Dios. Luchó con la mayor determinación contra la tiranía de la esclavitud en nombre del poder que crea y recrea al hombre.

No podemos considerar que haya nada arbitrario a la hora de leer a un autor que nos dice que los libros deben ser leídos tan reservada y deliberadamente como fueron escritos. En el corazón de esta edición está *Desobediencia civil*. La desobediencia civil, en Thoreau, lejos de ser sin más desobediencia, es el gesto de obedecer a leyes superiores. Sócrates desobedeció a la ciudad porque obedecía al Dios. ‘Leyes superiores’ es el título de uno de los capítulos de *Walden*. Vivir conforme a leyes superiores nos llevaría a saludar el día y la noche con alegría y reverencia. Este sería el verdadero éxito: frente al oro de las minas, el verdadero oro que son los frutos de nuestro pensamiento y cultivo, que son quizá ellos mismos. Al final de *Desobediencia civil*, Thoreau nos habla de un Estado más perfecto que se complace en imaginar.

El último texto es *Vida sin principio*. En la introducción (que da buena cuenta de las claves de lectura de la obra de Thoreau), Antonio Lastra nos dice que es el mejor comentario a *Walden* que se ha escrito. En él, Thoreau dice que la cuestión no es si nuestros antepasados firmaron un pacto con el diablo, sino si nosotros seremos capaces de obedecer la única Constitución eterna que Dios —o el poder que nos recrea a nosotros y al mundo— ha escrito en nuestro *ser*. La política, nos dice poco antes, es superficial, y de nada sirve liberarse del tirano político si se sigue ligado al tirano económico y moral. *Una parte de nosotros no está representada*. “¿Podría ser el pensamiento... un cuartel del cielo mismo?”. “Si nos hemos desacralizado —¿y quién no lo ha hecho?—, el remedio estará en la cautela y la devoción por consagrarnos de nuevo y hacer una vez más un templo del pensamiento.”

La verdadera América, para Thoreau, aún estaba por descubrir, y sólo llegará cuando estemos despiertos. De estar despiertos depende vivir deliberadamente, ser buenos vecinos —o ciudadanos— y malos súbditos. “Que nos reunamos como *eupépticos*” para congratularnos unos a otros por una mañana siempre gloriosa en vez de contarnos nuestros malos sueños como *dispépticos*. “Seguramente no exijo nada exorbitante”, nos dice. ¿Quién sabe?

Fernando Vidagañ Murgui. Universidad de Valencia
fernandovidagany@latorredelvirrey.es

VENTIMIGLIA, GIOVANNI

Ente, essenza ed esistenza. Prime nozioni di ontologia in prospettiva analitico-tomistica, Eupress-FTL, Lugano, 2012, 125 pp.

Este libro de Giovanni Ventimiglia, estudioso italiano de la obra de Tomás de Aquino, es una pequeña introducción a los grandes temas clásicos de la ontología. Para Ventimiglia, el interés de su libro está puesto no tanto en presentar las diversas tesis referentes a dichos temas, sino en exponerlas como respuestas a ciertas preguntas fundamentales (p. 11). Ahora bien, la novedad de esta introducción con respecto a los manuales clásicos de tradición tomista es la de incorporar en la discusión argumentos de autores que pertenecen a la tradición analítica (p. 10). Como es obvio, esto supone el reconocimiento de que existe en dicha tradición un real interés por los temas en cuestión, contrariamente a una visión relativamente generalizada por parte de los autores tomistas que la considera esencialmente “neo-positivista” y “anti-metafísica” (pp. 99-100).

Por haber constatado Ventimiglia que tanto en los manuales de ontología tomistas como analíticos no hay una mutua referencia a los autores que constituyen la fuente de los temas tratados (p. 95), le ha parecido necesaria la realización de un libro que lo hiciera. Esta necesidad se funda en el hecho de que tanto en una como en otra tradición existen problemas ontológicos fundamentales complementarios, por lo que el diálogo entre las dos podría ser fructífero (p. 94). La razón es que, en los manuales de tradición